

DEPÓSITO LEGAL

ISLA

VERSO Y PROSA

(2.ª época)

1938

11

II Año Triunfal

HOMENAJE A BÉCQUER



Años 1938, 1939, 1940

Com. ...

del ...

Z

2141

Grabado de Juan Luis Vassallo

RIMA LXXIV

*Las ropas desceñidas,
Desnudas las espadas,
En el dintel de oro de la puerta,
Dos ángeles velaban.*

*Me aproximé a los hierros
Que defienden la entrada,
Y de las dobles rejas en el fondo
La vi confusa y blanca.*

*La vi como la imagen
Que en leve ensueño pasa,
Como rayo de luz tenue y difuso,
Que entre tinieblas nada.*

*Me sentí de un ardiente
Deseo llena el alma:
¡Como atrae un abismo, aquel misterio
Hacia sí me arrastraba!*

*Mas, ¡ay!, que de los ángeles
Parecían decirme las miradas:
—¡El umbral de esta puerta
Sólo Dios lo traspasa!*

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

BÉCQUER Y SEVILLA

Solamente aquí, en su solar nativo, en el zaguán de su adolescencia, Bécquer pierde su desbordada universalidad y se reduce a una expresión tan íntima, tan localizada, que todos creemos tenerlo vivo ante nuestros ojos. Todos hemos visto a este muchachito pálido, alto, esbelto, de cabellos negros caídos en rizos abundantes según la moda romántica. Sus ojos, en la palidez del rostro, relumbran vivos y guardan en lo hondo un dejo de infinita melancolía. Todos conocemos a este muchachito gentilísimo que ha salido de una casa de la calle Conde de Barajas, y se ha encaminado hacia la plaza de San Lorenzo: el sol, a las cinco de la tarde, estaciona su lumbre sobre los altos techos de la iglesia: en los tejados y rincones de la plaza, el amarillo débil de unos jaramagos se dobla al influjo de la brisa que llega del río: y la alta torre, por la cara que da al poniente, refleja la lumbre vibrante de una campiña verde y oro.

Este muchachito ha subido, parsimoniosamente, por la calle Teodosio. ¿Por qué en su frente esa sombra de amarga melancolía? No lo sabe. A veces cree que está enamorado de algunas de las monjitas que rezan en aquellos conventos: Santa Ana, Santa Clara, Santa María la Real... El muchachito sale de Sevilla por la puerta de San Juan, atraviesa el Patín de las Damas por el que discurre a estas horas el público elegante de la ciudad, y sube por la verde margen del Guadalquivir hasta un lugar solitario y dilecto. La tarde está apacible y serena. El horizonte, despejado, tiene una profunda transparencia...

El muchachito se sienta al borde de las aguas. En la frontera orilla, vegas de naranjales ofrecen la geometría perfecta de sus liños paralelos. Lejos, el Aljarafe: y, allá, entre el cielo y la tierra, el temblor augusto del infinito. El río discurre mansamente dejando un ansia de viaje en los líquenes y álamos de las orillas.

El muchachito medita, piensa: piensa en la gloria, piensa en la poesía, piensa en el amor. Piensa también en la muerte. Quiere que cuando muera lo entierren allí, a la orilla del Guadalquivir: una piedra blanca con una cruz y un nombre: «Los álamos blancos balanceándose día y noche sobre mi sepultura, parecerán rezar por mi alma, con el susurro de sus hojas plateadas y verdes, entre las que vendrán a refugiarse los pájaros, para cantar al amanecer un himno alegre a la resurrección del espíritu a regiones más serenas: el sauce, cubriendo este lugar de una flotante sombra, le prestará una vaga tristeza...»

El muchachito pasa largo rato en meditación. Luego, cuando la tarde cae, inicia el regreso a la ciudad. Las calles ya están invadidas de sombras, pero aun en las altas espadañas de los conventos, el día agita su último pañuelo de luz. Ha sonado una esquila: es de las monjitas de San Clemente. Luego ha sonado otra campana jubilosa: es de las monjitas de Santa

Clara. Luego se oye la de Santa María la Real, la de Santa Ana, la de las Capuchinas. Parece que el toque de estas campanas hará florecer enredaderas por el cielo. Todas las campanas suenan despidiendo a la tarde, y los vencejos rodean de flechas jubilosas la alta torre de San Lorenzo. Todos conocemos a este muchachito que ha vuelto entristecido de su paseo al río y que ahora se pierde en la sombra de las calles del barrio de San Lorenzo. Se llamaba Gustavo Adolfo Bécquer.

Pocas figuras de nuestro parnaso podrán unir a su fama y pervivencia un asenso más universal y heterogéneo que Bécquer. Su nombre repercute en la zona más difícil y confusa de nuestra espiritualidad estética. Pero a pesar de esta profusión de fervorosos, a pesar de que tanto se ha hablado de Bécquer, el Bécquer que más nos interesa no acaba de llegar a nuestra tierra.

Hay que colocar a este poeta bajo la luz más clara y más potente. Hay que estudiarlo con apasionamiento y, sobre todo, con prevención, porque su poesía es como una mujer desnuda en una sala llena de espejos: la belleza está reflejada en todos los cristales, pero la auténtica, la que tiene alma y cuerpo de belleza, no es más que una, falseada en las múltiples copias de reflejos, ecos cristalinos del paso de una forma de diosa por el espacio.

El primer problema que presenta el estudio de este poeta—el primero y el fundamental—es, sencillamente, el de la definición de la poesía. ¿Qué es poesía? No aludimos aquí al comento de ninguna rima más o menos conocida: nuestra inquisición va más lejos, va contra lo sustancial del concepto, es decir, contra lo inexplicable de la poesía por demasiado divino o por demasiado humano. Bécquer es poesía y presentimos, más por la intuición que por el discurso reflexivo, que de la más alta clase, de la más pura esencia. Entre las familias nobles del parnaso español hay príncipes de una pureza de raza irrebasables. Entre ellos—cuatro o cinco, no más—va Gustavo Adolfo lleno de gloria azul.

¿Cómo se ataca reflexivamente el problema de la sustanciación poética? Vemos apuntar desde esta linde angustiosa de las definiciones, toda esa turbamulta de poesía pura, poesía impura, poesía humana, poesía deshumanizada, simple, compuesta, moral, didáctica, etc., etc. Bécquer es quizás uno de los poetas más impuros en el sentido que para los poetas de 1935 ha significado «poesía pura». Su poesía está llena de realidades cotidianas y su vocabulario extraído del roce terrenal más pobre y desinflado. Pero hay en él tal calidad de poeta, que todo se salva y llena de resplandor. Calidad: el caso Bécquer puede servir para una ordenación de esos problemas críticos de la poesía que de vez en cuando conmocionan las páginas de nuestras publicaciones más dignas. Él es un fenómeno de calidad, y, ésta, como la gracia divina, como la fe de los cristianos, puede salvar con sólo su presencia, toda una vida de pecado, toda una obra de desastres.

Esta calidad, a veces recóndita, ennoblece de tal modo el resto de la obra, que sólo en Bécquer nos encontramos todos desnudos de preceptos y unidos en la magia lírica con tal amplitud de concesiones en lo que el poeta nos pide, que sólo por él quedan rotas todas las disciplinas, todos los prejuicios, todas las retóricas y todas las vanidades y pudores. Tres palabras de este poeta bastan para aniquilar esa hermosa teoría de la deshumanización del arte, andadera espiritual de la que nos hemos valido en estos últimos años para hacer pinitos de poetas de nuestro tiempo, sin que sepamos a ciencia cierta si las generaciones venideras nos creerán de nuestro tiempo o de alguna edad medieval o antidiluviana.

Y todos sus méritos surgen de éste inicialmente señalado. Luego vendrá la forma y el acento, y el tono y su maravillosa música interior y lejana... En la prosa hay que hacer resaltar cómo también allí la calidad poética es pareja si no superior a la de la rima. Estudiar la relación entre la prosa y el verso, ver cómo se matizan los sentimientos en la dulce niebla de su estilo, hacer la escala de su pureza lírica, he aquí sobre lo que hay que insistir para el buen conocimiento y amor de este óptimo y mínimo poeta de Sevilla.

Poeta de Sevilla acabamos de decir... Poeta de Sevilla con Herrera, con Rioja, con Medrano. ¿Cómo? Aquí, en esta interrogación, está el enigma. Y aunque nuestras palabras no puedan penetrarlo, hay algo en lo hondo que nos lo afirma decididamente, ligando sentimientos y emociones tan huidizos, tan sutiles, que no hay palabras que los aprisione y materialice. Tal vez Sevilla no sea más que esta arquitectura de imprecisiones en el alma.

...El secreto de Sevilla está en su luz: pero en esta luz, ¡cuántos colores, cuántos matices diferentes! Cada barrio luce una bandera de aires muy distintos: Santa Cruz es azul y morado, parece sumergido siempre en una lluvia de bogambillas. La Macarena es clara, alegre, riente, con alegría de huerta frondosa. Triana es de plata con un anillo verde. Pero ninguno como este barrio de Gustavo Adolfo, estas calles de San Lorenzo y Santa Clara, tienen el celeste del cielo y el oro de los ponientes. En otros lugares de Sevilla—en la Alfalfa, en las Mercenarias, en la Catedral—se percibe a la ciudad cerrada, rodeada, ceñida por su mismo cuerpo. Pero en el barrio de San Lorenzo ya la ciudad se abre al cielo y a los campos y sierras de la lejanía. En cualquier otro punto de Sevilla, la ciudad no piensa más que en sí misma. Aquí ya la ciudad piensa en lo de fuera, en lo que no se ve, en lo que está allí en el horizonte del norte y del oeste. Y de ahí esta nostalgia de luces y de cielos, esta tristeza de soles de otra parte que llenan las calles—y también la obra—del barrio donde nació el poeta, del barrio en que vivió en Sevilla Gustavo Adolfo Bécquer.

JOAQUÍN ROMERO MURUBE

TRES SONETOS A BÉCQUER

LA LLUVIA

¡Cima de la delicia!

JORGE GUILLÉN

I

Paciendo está la lluvia en el sembrado,
paciendo está y rumiando trebolares,
lavando el majadal con azahares,
balidos de aguacero y sol mojado.

Arroyo recental, junto al cayado
de un álamo pastor sienta sus lares;
y el aguacero allí pace adelfares
y abreva un bajo cielo resbalado.

Bécquer llovizna así, llovizna en Rimas
ese llanto que pace entre los trigos
con lágrimas vestidas de amapolas;
cima de la delicia entre las cimas,
Bécquer llora entre pájaros amigos
lavando con diamantes las corolas.

LOS AROMAS

...que el prado por abril, de flores lleno.

GARCILASO

II

Balidos del jazmín y la azucena,
del lirio recental sin los pastores,
aromas en vaivén balan las flores
y el pétalo su esquila allí resuena.

El aire es un zagal que se enajena
con céfiros y aromas voladores;
rebaño de jazmines trepadores
mil vellones de olor en blanco estrena.

Pastoreando el prado de tus Rimas
el arpa es tu redil, y a un son ameno
trashuman las violetas con las rosas;
cima de la delicia entre las cimas,
en prado por abril, de Rimas lleno,
sus rabadanes son las mariposas.

LA TUMBA

**Donde habite el olvido,
allí estará mi tumba.**

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

III

Nenúfares, acantos y astodelos,
siemprevivas, ranúnculos, airosas
campánulas que trepan de las losas
buscando la espadaña de los cielos.
Espuelas de galán que espolean celos
de albahacas, mosquetas y mimosas;
jacintos rondadores de las rosas
y adelfas cortejadas de riachuelos.
Si Flora se volcó sobre sus Rimas,
Bécquer fué San Isidro de sus flores
allí donde Aquilón nunca retumba;
cima de la delicia entre las cimas,
las voces de sus ángeles cantores
ahuyentando el olvido de su tumba.

ADRIANO DEL VALLE

LA POESÍA DE BÉCQUER

I

Schumann, el de la música delgadísima y sollozante, escribió, vivamente impresionado, al conocer la muerte de Chopin, el de la melancólica, blanca y dolorida música: «El alma de la música nos ha dejado.» Nosotros pudiéramos decir, parodiando al músico genial, que al morir Bécquer nos abandonó el alma de la poesía; pero, afortunadamente, por poco tiempo: luego, el alma de la poesía ha reencarnado sucesivamente en otros poetas españoles. Las cualidades esenciales del poeta: imaginación y sensibilidad, las poseyó Bécquer en sus más altos grados; respecto a su imaginación era de una tan vaporosa naturaleza que tenazmente se resistía a encerrarse en el círculo estrecho del poema. Él mismo nos lo explica en la II de las «Cartas literarias a una mujer»: «Si tú supieras cómo las ideas más grandes se empequeñecen al encerrarse en el círculo de hierro de la palabra; si tú supieras qué diáfanas, qué ligeras, qué impalpables son las gasas de oro que flotan en la imaginación, al envolver esas misteriosas figuras que crea, y de las que sólo acertamos a reproducir el descarnado esqueleto; si tú supieras cuán imperceptible es el hilo de luz que ata entre sí los pensamientos más absurdos que nadan en su caos.»

De estas palabras fundamentales para formular la poética de Bécquer, se deduce que éste fué poeta inefable, como también lo fué nuestro más puro lírico: San Juan de la Cruz, según se desprende de la «Introducción» al *Cántico Espiritual*. «Porque, ¿quién podrá escribir lo que a las almas amorosas donde Él mora hace entender? Y ¿quién podrá manifestar con palabras lo que las hace sentir? Y ¿quién, finalmente, lo que las hace desear?» Son, pues, Gustavo Adolfo Bécquer y San Juan de la Cruz, poetas de una misma naturaleza lírica; San Juan de la Cruz, sublime contemplativo, mediante iluminados éxtasis alcanza comunicación directa con Dios; Bécquer, contemplativo, mediante el puro arrebató lírico, se remonta, «huésped de las nieblas», a un «mundo de visiones» y se orienta hacia el luminoso Norte del humano espíritu: «Dios, foco eterno y ardiente de hermosura, al que se vuelve con los ojos, como a un polo de amor, el sentimiento del alma.» Es decir, que ambos poetas, según declaran ellos mismos, no expresaron sino algo de lo que sentían, y una misma e inefable ansia los impulsaba a desasirse de la carne, a huir de lo terreno y a elevarse a otros mundos o al Cielo, en misteriosa búsqueda de Dios, o a adentrarse en Él inflamados de amor.

Y aquí, ahora, nunca mejor, las palabras del poeta Dámaso Alonso, cima de la crítica española contemporánea: «El mundo que casi desconoce, por ejemplo, a nuestro San Juan de la Cruz, casi desconoce también a nuestro Bécquer.»

El tema central de la poesía de Bécquer es el amor. Y ¿qué era el amor para Gustavo Adolfo? Dice en una de las ya citadas «Cartas literarias»: «Sí; el amor es el manantial perenne de toda poesía, el origen fecundo de todo lo grande, el principio eterno de todo lo bello...»

Sesenta de las setenta y nueve composiciones que integran su libro poético, las *Rimas*, tratan de amor, y en sus más variados aspectos: melancólico, triste, amargo, irreal, real hasta el dolor, humano y etéreo. Bécquer penetra hasta el fondo del siempre nuevo e inagotable tema. Pero he aquí lo paradójico del caso: Bécquer no logra el amor; el de Gustavo Adolfo es amor desengañado: el poeta se adentra en su imaginación, para ascender desde allí a lo infinito en busca de esa amada ideal que soñó, y que es «incorpórea, intangible», «sombra aérea» o «hija ardiente de una visión.» Las rimas XI y XV y XXVIII contienen toda la infinita y maravillosa poesía de este amor desengañado. El amor logrado, en su hermosa plenitud, o sea la ascensión del poeta con su amada hacia lo infinito, no existe en Bécquer. Esas ideales y puras rimas, ya citadas, XI y XV y XXVIII, casi aire poético, despiertan en los hombres ese dormido anhelo de mujer ideal o soñada, a quien todos buscamos en la tierra, y sólo algunos tenemos la dicha de encontrar. He aquí su misterioso secreto.

Salvo las rimas: XII y XVII y XXII y XXVI y XXXI y XXXIII y XXXV y XLIV y XLVIII y L y LVIII y LXIII y LXIV—ya señaladas en su magnífico trabajo sobre las *Rimas*, por Luis Pérez Infante, como inferiores a las demás—, en las que Bécquer se estrella contra la realidad, escollo inevitable tratándose de un amor sincero y sentido, las restantes rimas de una extraordinaria novedad, están realzadas por su gracia sevillanísima, revestidas de su espiritualidad delgada, envueltas en su sensibilidad de luz y vidrio, y de este maravilloso conjunto surge las *Rimas*, el más grande poema de amor que, hasta el presente, se ha escrito en la lengua castellana.

Nuestros grandes poetas amorosos: el fino y elegante Garcilaso, el fervoroso enamorado de la rubia Isabel de Freyre; el silencioso y tímido Fernando de Herrera, platónico y constante enamorado de la angélica belleza de la condesa de Gelves; Quevedo, el de los sonetos de la larga e íntima pasión por Lisi o Luisa; Espronceda, el de la desbordante humana pasión por Teresa, quedan, no se sabe por qué poético misterio, sobrepasados. He aquí otro de los más misteriosos secretos de la poesía de Bécquer. Secreto que, humanamente, podemos explicárnoslo: Bécquer sintió el amor como es difícil que nadie lo vuelva a sentir. Y además poseía—como ya dijimos—una desarrolladísima imaginación. Y como decía uno de mis poetas predilectos, Baudelaire: la imaginación, «esa reina de las facultades», «es el análisis y la síntesis» y «quien ha enseñado al hombre el sentido moral del color, del contorno, del sonido y del perfume».

Y ¿quién fué y cómo se llamó la musa que inspiró la poesía de Bécquer?

De un examen atento, y de una comparación de las *Rimas* con los textos en prosa, deducimos que son tres las musas que inspiran las *Rimas*. Tres son, tres, las musas reales de la poesía de Bécquer; ya que las irreales son las innumerables que poblaban sus sueños de poeta.

En primer lugar, la musa inspiradora de las más amargas rimas, en algunas de las cuales alcanza Bécquer la cima de la desolación: XLII y XLIII, por ejemplo, es su esposa, que no sé por qué sutil ironía se llamaba Casta. La segunda musa inspiradora de las *Rimas* es una novia o que sé yo, de Bécquer, parte de cuya amorosa historia nos relata a grandes rasgos en las «Cartas literarias», dirigidas a ella. ¿Cómo terminó aquel amor y por qué? Lo ignoramos. Pero de una atenta lectura de estas cartas, cualquiera deducirá que aquella mujer había llenado por completo el corazón del poeta. Él mismo lo dice: «Yo no te conocía y con esto excuso decir que aun no había amado.» Bécquer está a punto de lograr su amor, y, sin embargo, todo lo desharrá el viento del azar o del infortunio.

Y ¿cómo era aquella que podemos llamar musa mayor de las *Rimas*, y que, de seguro, inspiró la mayor parte de sus composiciones? ¿Quién duda, por ejemplo, que la XII y XXIX las inspiró ella?

Bécquer nos ha dejado su retrato: «los negros rizos de tus cabellos, esos cabellos que tan bien sabes dejar sombrear tu frente con un abandono tan artístico, pendían de tu sien y bajaban rozando tu mejilla hasta descansar en tu seno; en tus pupilas, húmedas y azules como el cielo de la noche, brillaba un punto de luz y tus labios se entreabrían ligeramente al impulso de una respiración perfumada y suave.»

La tercera musa inspiradora de las *Rimas* es una muchacha toledana, de extraños ojos negros, a cuya toma de hábito asiste Bécquer. Toda esta platónica y triste historia de amor está relatada en «Tres fechas». Esta monja ideal, que según de la historia se desprende, amó platónicamente al poeta soñador, inspiró las rimas LXX y LXXIV, que por cierto son dos de las más puras e idealistas.

III

No sé quién ha dicho, basándose seguramente en el apellido del poeta, que su poesía es nebulosa y no española. En efecto, no es española, sino andaluza, y más que andaluza, sevillana y universal. Los que han calado en lo hondo del alma sevillana, de alegre apariencia y triste fondo; los que como yo, hayan vivido o paseado por ese misterioso barrio de San Lorenzo—de verdosas luces tristes, casi opacas, y en cuya misteriosa atmósfera parece que flota algo de lo inefable de Bécquer—, donde nació y se desarrolló su infancia, sabrán a qué atenerse.

Es más: la misma inefabilidad y gracia indefinible que posee Sevilla en cuanto a ciudad, posee la poesía de Bécquer en cuanto a poesía. Por eso, para mí Gustavo Adolfo Bécquer es el más sevillano de los grandes poetas de Sevilla.

Y aunque me basta mi propia convicción para hacer esta afirmación, creo que para convencerse basta leer el principio del prólogo de *La Soledad*, de Augusto Ferrán.

Bécquer es también poeta andaluz o sevillano por el color y la luz de su poesía. Algunos de sus versos tienen el mismo relampagueante colorido que algunos del máximo poeta clásico andaluz: Don Luis de Góngora; véase «relámpagos de grana que serpean sobre un cielo de nieve», «suave como el rastro luminoso», y así pudiéramos seguir citando.

La poesía de Bécquer está bañada por la luz cierta del mediodía, aunque su fondo esté empapado de melancolía o de tristeza.

Oigamos a Joaquín Romero Murube, el poeta que más hondo ha calado en el alma de Sevilla: «el sevillano tiene la suprema elegancia de callar el dolor. A esa muchacha que baila en la fiesta, que ríe en la calle o que canta en el patio o en la azotea, la veréis también una tarde amarga, recostada sobre el quicio de la puerta, ajena al momento que la rodea, abstraída, inmersa en una tristeza de horizontes y de razas.» Y es que el alma de Sevilla, como la de Andalucía, es triste en el fondo, como triste es su cante; y triste era el alma de Gustavo Adolfo Bécquer, como ha sido y es triste la de otros grandes poetas andaluces.

Otro título meritorio que añadir al andalucismo o sevillanismo de Bécquer, es haber aquilatado el valor y adivinado la inmensa poesía de los cantares andaluces.

El cante jondo influye de tal manera en las *Rimas*, que algunas no son sino un cantar, y tienen formas de cantar. El pueblo, ¡siempre genial!, lo ha visto así, y las canta como un cantar andaluz cualquiera.

IV

Gustavo Adolfo Bécquer ha sido el mejor definidor de su poesía, que es «breve, seca, que brota del alma como una chispa eléctrica, que hiere el sentimiento con una palabra y huye, y desnuda de artificio, desembarazada dentro de una forma libre, despierta, con una que las toca, las mil ideas que duermen en el océano sin fondo de la fantasía.» Después de esto, ¿qué nos quedará que añadir? Sólo unas palabras del valorizador de Bécquer, Dámaso Alonso: Bécquer «es el creador de uno de los mundos poéticos más simples, más hondos, más etéreos, más irreales y extraordinarios de los que la humanidad ha producido jamás.»

Y para finalizar, siempre que lleno de entusiasmo, y con el alma henchida de fervor, me detengo ante el pórtico que da entrada al misterioso y poblado mundo de la poesía española, me imagino, a su derecha, extático, celestial, con un flotante y celeste ropaje al viento, al poeta San Juan de la Cruz; a la izquierda, soñando, purísimo, con un ropaje de nítidos pliegues, al poeta Gustavo Adolfo Bécquer. He aquí dos de mis preferencias.

JUAN RUIZ PEÑA

TRÉMULO Y VAGO

Memoria de Bécquer

Escalas – sólo música – ,
de mano y pensamiento.
Escalas... Dadle escalas
para escapar del fuego.
La casa tiene muros
de soledad. No hay cifra
de numerar el cuerpo.
¡No quedarán cenizas!
¿Qué ha de arder? ¿Qué alimento
el que a la llama nutre?
Mas del fuego en la casa
resta – al cielo – , la nube.
Las puertas se quedaron
abiertas, sin sentido.
¿Quien sabe si está dentro
el cuerpo del delito?
Cuidado, que ahora tira
por el balcón la casa.
(Le quema más que el fuego
un juego de palabras.)
No pudo ser, no pudo.
Fuerza mayor, tragedia...
(Al fin y al cabo estaba
muerto al pie de la letra.)
Ayer. Pasan los años.
(Tragedia en el papel.)
Hay versiones, se duda;
porque el muerto está en pie.
Y vela sobre el ojo,
en la cara, la ojera.
No hay ya incendio. La sombra
y un olor: sólo ausencia.

RAFAEL LAFFÓN

BREVE HISTORIA

Cinco personas íbamos en el departamento. Una, era un charlatán incansable que acabó durmiéndose. Otra, un perfecto inglés que hizo lo propio, sin decir palabra. Las otras dos, eran una señora y una muchacha. Esta se hallaba en el asiento opuesto al mío, e inmediato a la ventanilla. Su amplia falda cubría mis pies. Retuvo a mis ojos, desde el primer momento, su figura delicada, lo entornado de sus facciones, sus ojos que se clavaban en un paisaje más alejado que el de la pared del departamento. Se veía cómo en ella iban pintando árboles velados, sendas misteriosas, cabellos flotantes, un corpulento árbol, por último, a cuyo pie acaba sentándose y donde venía a hallarla él, donde ella le entregaba las manos y él ponía en ellas su alma, tan temblorosa y viva que daba miedo, no fuera el aire. Quién era esta muchacha? Por qué viajaba justamente en aquel departamento frente a mí? Casualidad? Por qué su falda cubría mis pies? Todas estas preguntas se las hacía a sus ojos, que acabaron por fijarse en los míos, y huir atemorizados, atropellando el dulce cuadro descrito. Entonces, mandé los míos, fuera de la ventanilla, a vagar por los campos que ahora cruzaba el tren, viejas comarcas, trilladas por guerreros cascos, desnudas comarcas, donde sólo tenía vagos tintes el polvo que los rebaños levantaban en los caminos. Cielo sobre la tierra. Y tierra bajo el cielo. Esto era todo. O si queréis algo más, añadid unos surcos, añadid tales encantadas nubes. Tierra y cielo: nada más.

Maravilloso ferrocarril Le perdonaría todo en gracia a este desfile que celebra ante mis ojos, tras la ventanilla. Estoy seguro que su alma mecánica ha de conmoverse, como yo me conmuevo, viendo cómo se presentan de improviso las montañas, y tras ellas las llanuras, cómo quedan abajo los ríos, y a un lado y otro descienden los barrancos, y se quedan los pueblos olvidados. Todo porque el vapor ha de hallar una salida obligada.

Alguien ha abierto indiscretamente una ventanilla. La muchacha se ha arropado, casi hasta los ojos, dejando la mitad de éstos sobre el embozo. Le quedan los cabellos al aire. Los rubios cabellos, cuyo color me hiciera antes dudar. Son rubios definitivamente. El sol la obliga ahora a entornar los ojos. Y yo, que no espero otra cosa, dejo a los míos que a su placer discurren por ellos, sin miedo. Pocas dichas como ésta a mí que tan pocas me es dado gozar.

Hace unos años el viaje hubiera sido diferente. Por lo pronto tendría alguna vez término. No como ahora en que los viajes no cesan. La diligencia era lenta y familiar, le obligaba a uno a tratar a los compañeros de viaje. El ferrocarril juega de un modo distinto con nosotros. Nos coloca una cara durante unas horas, ante la vista, y nos la arrebató luego. Se partía para

llegar. Hoy, para perderse. No tiene otro nombre que monstruo éste de acero y fuego, al que ni río ni montañas detienen. Cosas de magia éstas. De fuego y de humo: embriagador.

Todos se han dormido menos ella y yo. Queda un silencio que no logra matar la respiración jadeosa del monstruo. Por dónde andarán estas dormidas gentes? A ella le diría algo. Qué? Le cogería las manos. Qué razón ha habido para juntarnos aquí? No puede ser más que ella. Sí, porque me fijo y hallo que el color de su cabello ha cambiado nuevamente. Sólo os puedo decir que ahora no es rubio. Tampoco os diré que sea moreno. No me meteré a deciros el color de sus cabellos. No acabaría nunca. Comenzaría diciéndole: He nacido para vagar entre ruinas, para escuchar los murmullos del viento en los troncos y piedras abandonadas, para perseguir las sombras que yerran por los viejos claustros, para interpretar a las gentes los ruidos sordos de los precipicios. Le diría que me diera la mano. Cómo pudo entender mi pensamiento? Ahora sí que no dudo que era ella. Pensando que me diera la mano, la alargó hasta las mías, que se entretenían en ordenar mis cabellos, y las tomó, y se puso a mirarme sin decirme nada. Tampoco era necesario. Todo lo que pudiera decirme lo estaba yo escuchando, lo tenía escuchado desde hacía mucho tiempo. También ella sabía todo lo que yo tenía que decirle. Yo no pude contenerme. «Eres tú la que buscaba, pero no sabes cuánta angustia ha costado encontrarte a mi corazón, ahora no nos separaremos, yo voy de huida donde alguien entienda mi lengua, tú vendrás conmigo.»

Pensando o diciendo esto estaba, cuando alguien se movió y ambos apartamos nuestras manos, y vi que al hacerlo el espacio que separaba los asientos se hacía un precipicio y que ella quedaba al otro lado, lejos, que yo no podía saltar, que era una temeridad, que no me pude contener porque la divisé triste y salté. Dió ella un grito y los viajeros despertaron un momento y oí a alguien preguntar: «Qué ha sido eso?» Lo oí claramente desde abajo porque había caído al saltar, y debía estar magullado entre peñas y matas, mientras ella, arriba, se inclinaba, ansiosa, tanto que yo hube de advertirle: «No ha sido nada. Temí que te fueras.» Con lo que los viajeros se tranquilizaron. Alargó las manos, me izó hasta ella y nuevamente desapareció el abismo, y quedó el ruido del tren haciendo más misterioso el silencio del departamento. Nos cogimos las manos, nos inclinamos, hasta que nuestras frentes se unieron y entonces comenzaron los pensamientos a pasar de la una a la otra, sin miedo, e igual que nadie distinguiría sus cabellos de los míos, nadie tampoco podría conocer en qué cabeza nacían los pensamientos, que tal como peces eran en movimiento de la una a la otra. Si yo comenzaba pensando: «*en un lugar tranquilo me retiraría*», ella seguía con algo que era tan mío, como que «*los fantasmas de mi cerebro me pedían a gritos salir*.»

Era ya la madrugada y nuestro diálogo había ido poniéndose, como la hora, turbio. No hay horas más tremendas que las de la madrugada, que

tienen, no la incertidumbre de las penumbras, sino la tremenda de las sombras. Ella no sabía ya contestarme cuando le pedía que se viniera conmigo. Decía «*que dónde*», y al responderle yo que «*donde pudiera dormir sin que vinieran a perturbarme las deformes criaturas que en mi cerebro dormían*», se quedaba vagamente mirando. Pero como me notara entristecido, me oprimió las manos, y aquella suavidad de la opresión bastó a que, como las sombras de la tierra, se disiparan las grandes masas de tristeza.

—Tengo un corazón, donde la noche reina. En mi cabeza habitan criaturas que acabarán devorándome.

Entonces ella me invitó a que considerara lo que hacía, y con la palma de la mano, limpió de escarcha el cristal de la ventanilla. Hizo lo propio sobre mi frente, y difícil sería decirlos la claridad que quedó sobre mí. Extrañas cosas he imaginado en horas de soledad. Extrañas me las han hecho imaginar lecturas y músicas. Ninguna más extraña que aquella gran limpieza y nitidez, que aquel orden puesto en mi cabeza por unas manos, y desde mi cabeza transmitido, como por encanto, al mundo. Creo que éste no lo había gozado desde mucho antes. No tenía ningún miedo. En ordenadas corrientes habíanse transformado los impetuosos ríos. Qué de extrañar que el alba llegara sobre un cielo azul, y que mi corazón dejara de preguntarse por qué la llegada del alba a tal hora, o por qué el azul del cielo, tal clase de azul? Nada pintaban los misterios. El alba sobre el cielo azul era bastante. Dos sencillas alondras.

—Dónde me llevas?, iba a preguntarle, cuando antes de que le diera tiempo a contestarme se paró el tren en seco. Ni me dió tiempo a decirle: Había olvidado que íbamos en un tren, cuando una voz cantó: *Tudela!*

Lo que entonces hice nunca podré olvidarlo. Puede ser contado en veinte palabras: LEVANTARME, PREGUNTAR A UN VIAJERO QUE CUÁNTO PARABA ALLÍ EL TREN, COGER MI SACO DE VIAJE Y TIRARME DEL WAGÓN.

Hasta que el último penacho de humo se hubo borrado del horizonte, no comprendí lo que hechos tan sencillos encerraban. No adelantaría nada con referíroslo. Mi corazón padece la historia.

José A. MUÑOZ ROJAS

BÉCQUER EN VERUELA

Buscando alivio para su quebrantada salud—y al mismo tiempo un compás de calma para su encrespado espíritu—, encuentra Bécquer en Veruela algo que ha dejado una huella profunda en su obra.

La ciudad no comprende a Bécquer. Los hombres, los poetas—sus propios amigos de café, tertulia, inquietudes artísticas—, lo miran con cierta indiferencia. Y este hombre incomprendido que es Bécquer, halla en Veruela la más exacta comprensión. La más exacta—y halagadora—comprensión de su poética existencia.

Aquellos claustros silenciosos, solemnes, de una grandeza melancólica; aquel grave ambiente de ascetismo, sí que comprenden a Gustavo Adolfo, abismado e impar. Porque Gustavo Adolfo es eso: un ascético de la poesía. Por eso su espíritu se ahonda, entre las incitaciones fáciles que le rodean, que quieren seducirle con brillantes, pero vanas, modas estéticas, en una recia, rigurosa disciplina de renunciación. Y por eso es el gran poeta que hoy admiramos. Porque supo crear su poesía en ascético temblor, que a veces roza el vuelo místico. Se siente, sí, perfectamente comprendido en su retiro del Moncayo: rígido ascetismo de piedra. Allí Bécquer—en quien, según Eusebio Blasco, «había algo de trapense»—es el soberano dueño de su paisaje. Soberano dueño de sí, por ello. Comprendido de esa manera, el poeta se comprende a sí mismo, acaso con claridad insospechada.

Gustavo Adolfo está enfermo en el cuerpo y en el alma. Y en Veruela halla alivio, si no de sus dolencias corporales, sí de las congojas de su espíritu, que, momentáneamente rehecho, pone su mano de confortación sobre las llagas de la carne. Débil rama, entonces echa penetrantes raíces, tallos altísimos; se afianza en eternidad—él, como Veruela, triste ruina—, se prolonga en humana tierra y en clarísimo cielo, y todo su sér halla sosegada postura. La tierra asciende en ascéticos ejercicios. Y el cielo cae sobre la tierra en pluricolor y dulcísima cascada de misterios. El poeta se hace más ánfora de mortal arcilla, pero también más palma erguida de fulgores celestes...

Parecido fenómeno tiene lugar en cualquier otro remansado rincón—Toledo, Soria—, labrado de silencio, cuajado en un profundo hechizo histórico y legendario, donde el poeta gusta refugiarse, sumergirse, para soñar a solas. Pero en ninguno—y de aquí el fijarnos especialmente en Veruela—reacciona como en las soledades del Moncayo. En Toledo, en Soria, en cualquier otro parecido lugar, su imaginación se exalta, se dispara en arrebatadas fantasías, que se plasman en las admirables leyendas. En Veruela, junto a creaciones semejantes, su espíritu se deshace también en una encantadora letanía de íntimas confesiones; en un modo de lírico breviario, lleno de claras revelaciones. «Paralelas a las leyendas, dentro de su obra en prosa—se ha dicho—, van sus cartas desde Veruela, en

las que hay a veces un vagoroso claroscuro romántico, ligeras, frescas escenas de la vida en los viejos pueblos españoles, alusiones a su propia vida; todo ello vivo, juvenil, contado como a sí mismo en una hora de reposo nocturno.» Contado como a sí mismo: esta es la impresión que en efecto nos producen varias de sus Cartas. Pero podría añadirse que es la fusión de corazón y ambiente: amplia y tácita comprensión, propicia a la confianza, lo que le hace contarse—confesarse—a sí mismo, fervores, ilusiones, recuerdos. Recuerdos personales y vivos recuerdos de la Patria. No—como ha dicho Jarnés—porque «por no tener empuje vital suficiente para construir altivos alcázares en el futuro, se refugia en esos magníficos y ardientes refugios del pasado.» Contemplar así a Bécquer es tener pobre idea de él. Bécquer se refugia en el pasado, porque el pasado—hecho sereno ambiente, sedante soledad—le comprende mejor que el presente, aunque por lo demás el poeta ame el presente, quiera entregarse a él, dé por bien muerto el pasado. Mas el pasado le traiciona, le arrastra, como memoria inevitable. Y él se deja arrastrar sumisamente, con gustosa indolencia, en su melancólica corriente, como fiel romántico al fin, y romántico de finas, personalísimas raíces. Mas también por propio impulso de su temperamento, desconectado de todo fervor, de todo imperativo de época. «Como para Bécquer—escribe Joaquín Casaldueño—lo esencial en el presente es que se hace pasado y que es pasado él mismo, el futuro queda desposeído de significación.» Así es. Y es que Bécquer no tiene la culpa de que no le sirvan para molde perfecto de su espíritu—por mucho que los ame—el revuelto presente y el incierto futuro. Es que Bécquer no tiene la culpa de que el presente y el futuro tengan que hacerse misterioso pretérito para entender exactamente sus palabras, sus sueños; lo más alto e inabismable de su alma poética. De tener un espíritu de líneas puras, suaves, delicadas, sin aristas cortantes. De soñar, mientras paladea el goloso fruto cierto, con la anterior flor libre, voladora, sólo luz y aroma en el recuerdo.

P. PÉREZ CLOTET

PALABRAS DEL AUSENTE

El Paraíso está contra el descanso. En el Paraíso no se puede estar tendido; se está verticalmente, como los ángeles. Pues bien, nosotros, que ya hemos llevado al camino del Paraíso las vidas de nuestros mejores, queremos un Paraíso difícil, erecto, implacable, un Paraíso donde no se descansen nunca y que tenga, junto a las jambas de las puertas, ángeles con espadas.

AURA Y LUZ EN ROMANCE

(Homenaje a Bécquer)

Beso del aura, onda de luz...

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

¿Qué Dalila cortó al viento
la melena aborrascada,
a ese Sansón de los bosques,
con sus tijeras de auras?
La Luna llegó bordando
en bastidores de plata:
agujas de estrellas finas,
cañamazos de alboradas.

Mares, arroyos y ríos,
sombra y sueño rebosaban
cuando el dedal de la Luna
se cayó sobre las aguas.

La Luna borda en los aires,
con hebras de luz, su escala
para el Sol, bello Romeo
de su Verona estrellada,
y el Alba se queda triste
cuando con el Sol se escapa...
Pájaros, flores y aromas,
enmudecen en las ramas.

¡Luna en los brazos del Sol,
bordadora desvelada,
lágrima desvanecida
en las ojeras del Alba!

PEPITA HERNÁNDEZ DE ADRIANO

PARED

ARISTOCRACIA ROMÁNTICA DE GUSTAVO A. BÉCQUER

La ciudad tiene un gesto desvaído en el crepúsculo. Se difuminan las torres en mares de neblina y las casas parecen adquirir temple y categoría de paisajes soñados una tarde de lluvia.

Bécquer atisba venir el silencio del ocaso tras una mesa pobre de madera y una vidriera gris remendada con papel de periódicos. Hay por delante, tapando todos los horizontes, una pared medianera, inflexible. La pared es muda y sorda, con un solo ventanuco a la izquierda, con una lejana arquitectura de tejados.

Todo el poema triste de la vida becqueriana está en esa pared delante de los ojos. El ocaso va por ella resbalando y cuando llega abajo trae olor a cocina barata, oídos de voces de patio.

Uno se forja en silencio la figura eterna del poeta.

Doblan allá fuera veinte mil campanas y el mundo gime ahora a través de un tubo de paredes, sin alma. Las cosas han adquirido esa vaga transparencia de los perfiles desmenuzados cuando la noche viene tropezando en las raíces de los árboles. La calle está oscura y empiezan a titilear luces de mentira—¡oh la prosa encerrada y pequeñita de los faroles de gas en una ciudad de miriñaques y de bastones de canela de Indias!

A través de una oscura geografía de navíos helados, de telones ficticios, escenografía de nieve, el cielo tiene un solo cuadrilátero para mirar. Se ha asomado ahora al pozo gris del patio de vecindad y se acicala en el espejo ahogado de las cuartillas blancas. La bandada de ropa limpia que lo esperaba lo ha sentido vibrar sobre ella y ha emprendido ahora el vuelo hacia la tierra vaga donde se puso el sol...

Gustavo Adolfo tiene ahí su encuadramiento exacto de poeta romántico. En la página del libro hay una flor seca y la niña que leía en el balcón a través de los visillos untados de melancolía ha cerrado el libro porque ya no se distinguen las letras. Había que buscar para Bécquer una decoración esencialmente romántica. Se le ha representado siempre a través de follaje literario como un fantasma humano. El mejor poema desconocido de Gustavo Adolfo, por lo menos el que escribió para leerlo él solo, está ahí en esa ventana tímida de casa de huéspedes, donde la tarde no puede llegar, y en esa pared intermediaria, olorosa de voces enérgicas, de gritos y peleas de vecinos, de paellas en pucheros de cobre.

A Gustavo Adolfo hay que ponerle andamios ciudadanos.

Porque Bécquer fué ante todo un poeta criado en ciudad. Sólo los que nacieron entre la hilera de casas que no siente, los que vivieron en el tablero

sin piedad de la calle, saben la longitud infinita de un camino bendecido de alba sobre los trigos recién nacidos. La nostalgia del campo sólo se siente así. Desde su tabuco polvoriento, con drama de libros raídos y vulgares, Bécquer coloca en su sueño alondra de quimeras y comprende plenamente el valor de una tarde venida a la orilla del río junto a unas páginas que ven y una corriente que pasa sin oír nada.

Bécquer a la larga ha deseado con desesperación. Estaba harto de horizontes mezquinos, de paseos por los árboles del Pardo y de bibliotecas donde hay que leer sentado—Bécquer fué un poeta que leía siempre tendido—y donde los héroes de los libros acuden siempre de estantes rellenos de polvo.

Bécquer ama la soledad del campo. Bécquer está deseando salir una mañana al campo con el almuerzo debajo del brazo. Desea salir un día a comer pan blanco de cortijo y a contar cuentos en las largas veladas del Invierno mientras el mastín aúlla al viento. Tiene alma de señor feudal, de propietario de castillo con fantasmas y está esperando el convite de una moza rubia, de mejillas encarnadas, que le escancie vino en jarras de loza, mientras la llama juega a poner la cabellera rubia de la moza sobre todas las cosas.

Es de noche en el cuartucho.

Las cuatro paredes son cuatro fantasmas que vigilan en el espacio luminoso y pequeño de la vela encendida. Se oyen por la escalera de la casa—caracola con voces de portero, con gritos aguardentosos de riñas familiares—los últimos vecinos que vienen tropezando en cada escalón. Los cristales se han ido haciendo oscuros y ahora parecen tener un papel de luto pegado en el revés. Se oyen todavía por el tubo oscuro de la calle voces que nadie entiende y un viento frío mueve las ramas desnudas de los árboles como en un carnaval siniestro de harapos.

¿En qué pensará Bécquer a esta hora última, cuando el cerebro pide cielos altos y hay cristalería de estrellas en cada ojo y se sueña con una sonrisa de luceros en el arcón solitario del alma?

¿Te acuerdas? Todos hemos tenido una juventud triste de noches venidas en casas de huéspedes, sin que nadie las oiga, descolgándose por los ladrillos de las azoteas, hasta poner sus pupilas vacías, sin luz, en las ventanas inundadas de silencio.

Todos hemos sentido esa nostalgia terrible de las noches descolgadas sobre una colcha sucia de una cama cualquiera, mientras la niebla viene rodeando las esquinas y la lluvia no tiene caricia de hogar. De ahí nos vino esa obscuridad nuestra de acercarse al crepúsculo, de dar plástica a las cosas sin forma, de buscar manos femeninas en cada desván poblado de polvo centenario. La nostalgia eterna de la poesía moderna, de la que no pueden desprenderse los maestros por mucho que luchen, está en esa ventana abierta de la fonda de Bécquer, a la hora lenta de la noche cuando

los relojes dan las campanadas para los poetas y cuando se desea hambre de hogaza familiar, de pan partido en una cena íntima, de velada cariñosa, mientras los niños gritan en la sombra y los perros ladran al camino con cariancas rieladas de madrugada.

José DE LAS CUEVAS

ADIVINACIÓN DE GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

Ha llegado Gustavo Adolfo de improviso, sin esperarle nadie, y nos ha traído su quieta palabra recortada en los aires, su maravillosa soledad poblada de astros veloces, su encendido verbo que florece—Bécquer: floricultor de estrellas inéditas—en un cielo único, eléctrico, eterno, con la rosa inmóvil de la luna.

Así, matemáticamente exacto—exacto e intacto—, ha llegado concretando la cuarta dimensión purísima del amor. He ahí sus manos que acarician voluptuosamente los objetos parados y las aguas en fuga.

Porta Bécquer en su nueva presentación al mundo poético el secreto íntimo de su melancolía, el ignorado trasmundo de sus ensueños líricos y de qué formal floreciente y florido, adivinando mentas, cargado por el peso de todos los cielos vistos. Con el sobretodo de los crepúsculos breves, de las tardes que vencen sus hombros cristalizados en los álamos altos, en el incipiente claro de luna, en los dédalos indefinibles del viento. Así ha llegado Gustavo Adolfo. A gustar la agria limonada de sus confidencias.

A contar como antes y como siempre—inmensamente claro—la elegante desazón de su espíritu.

Sólo Gustavo Adolfo, cuerpo sin volumen preciso, sombra azul intocable, ha descubierto la eternidad cierta de lo íntimo, en silencio, inexperto de ruidos, inoculando en las cosas todas su sonora voz callada, insobornable y dolida. Espíritu sujeto por todos los ojos sin cuerpos del espacio, por todas las manos que se liberaron de la carne, por todas las rosas nacidas al aire, goza pleno de júbilos el extraño juego de las estrellas caídas en los atardeceres últimos; espíritu sujeto por las imágenes invisibles de los espejos, su espléndido acento adquiere la calidad extrapurisimas de las cosas esperadas y conocidas, de esas cosas que se amaron en la adolescencia formada por los ensueños, cuando los ojos extáticos advirtieron complacidos la inmersión de los objetos en el submundo astral de lo subjetivo. De lo íntimo poético creado por la palabra dolida de Gustavo Adolfo Bécquer.

J. PÉREZ-PALACIOS

GREGUERÍAS DE BÉCQUER

En Madrid, ni sale ni se pone el sol: se apaga o se enciende la luz...

...camposantos de las grandes poblaciones: tapias encaladas y llenas de huecos, como la estantería de una tienda de géneros de ultramarinos...

En aquellos vastos almacenes de la muerte, siempre hay algo de esa repugnante actividad del tráfico.

...la misteriosa embriaguez de las altas horas de la noche, que pesan de una manera tan particular sobre el espíritu...

...ensueños de la mañana, historias sin principio ni fin, cuyos eslabones de oro se quiebran con un rayo de enojosa claridad y vuelven a soldarse apenas se corren las cortinas del lecho.

...veo atravesar a lo lejos una de esas figuras aisladas que se colocan en un paisaje para hacer sentir mejor la soledad del sitio.

...la memoria del olfato, memoria extraña y viva que indudablemente existe...

Las horas de la madrugada, esas horas que deben de tener más minutos que las demás...

...los cuadros de los trigos, verdes y tirantes como el paño de una mesa de billar...

...me parece que por el camino que pasan los muertos, hasta los árboles y las yerbas toman al cabo un color diferente.

CANTOS A BÉCQUER

Si fortuna dolorida
tuviere quien bien la sienta.

GIL VICENTE

I

¡Qué angustia de ser amado
—oh ese débil jazmín frío—!,
nacido en albas de río
en tu despertar callado.
Con la ilusión desposado,
sumido en honda tristeza,
huyes de toda impureza
con la inquietud insistente
del que transparentemente
muestra su delicadeza.

II

Bécquer: estado de gracia.
Agua nacida entre lirios
que siente firme, delirios
de ordenar luz y fragancia.
Señor, divina distancia
tiene su alta ternura
en remanso sin locura
que mece nido desnudo
¡Cuánto sufrimiento agudo
en sus aromas de albura!

JUAN JOSÉ FERNÁNDEZ

ACTUALIDAD LITERARIA

EN TORNO A UN RETABLO

Nuestro tiempo exige literaturas fuertes, viriles, con temple de enseñanza. Nunca mejor, ni más a tiempo, el Retablo de Castilla que los poetas de Jerez llevaron a la Radio hace unos días con voz sacramental y augusta de romance religioso, de rito sagrado y seco.

Castilla, paramera incendiada de sed y de aliento, corazón y energía de España, no podía condensarse más que en un Retablo. Retablo donde los santos estuviesen cincelados junto a los héroes y donde las tallas de madera de nogal, madera sagrada, se enraizasen en venas soberbias de hispanidad sobre parvas revueltas de trigo y de alba.

Sin embargo, el verdadero acierto de la fiesta literaria ha sido el escoger las tallas épicas del Retablo

En el Pórtico, unas palabras definitivas sobre Castilla de José Antonio, y luego Garcilaso, Fray Luis de León, el Cid e Isabel de Castilla. Hay un magnífico presentimiento en colocar la figura española de Garcilaso junto a los ojos azules de Isabel y la voz serena y eterna de Fray Luis al lado del ciclón étnico de Rodrigo de Vivar. Pero sobre todo existe el acierto supremo en situar al lado de los clásicos, la esencia vigilante de nuestro José Antonio, Poeta y Capitán de la Cruzada

La figura de Fray Luis hay que adivinarla entre buriles de serenidad. Juan Ruiz Peña ha sabido ver la talla en toda su espléndida soledad, inundada de silencio, hecha nostalgia de celda solariega. De este propio forjarse al santo en su camino, enfervorizado de mística y religión, el poeta jerezano encuentra su antología pura, una antología casi quieta, pura de mundo y de vanidad. La prosa ha hallado su momento justo y nace de la tranquilidad circundante de una manera natural, sin retorcimientos fingidos, como si Fray Luis anduviese por el camino blanco de las cuartillas departiendo del trigo y del crepúsculo con la pluma. La talla de Garcilaso por José de las Cuevas está vista desde un lado distinto. Tendido en el suelo patrio «como el doncel de Sigüenza en su sepulcro», la imagen del poeta guerrero se levanta y anda tirando lanzas al aire, como si soñara en la resurrección de España. Garcilaso fué un precursor por eso de que fué definidor exacto de su tiempo y del Imperio. Garcilaso anda ahora por la sangre de la Juventud, por el nervio cálido de las espadas, alimentando el río claro del romance. Se le ve surgir en la talla del poeta por los campos rociados de aurora a lancear novillos de estrellas en plazas de parvas incendiadas de escarcha. El lado original de la interpretación moderna y admirable está solventado con finísima y suelta galanura de estilo que esconde muchas veces la metáfora dura y viril de las palabras. En el retablo macizo hay la ligereza de una viñeta. Por las veredas del Cid los gallos cantan. Pedro Pérez Clotet ha abierto las ventanas al poema, las ventanas cerradas de polvo, y ha visto nacer las raíces de la lírica cidiana de sus mismas entrañas. La ruta milagrera y varonil del héroe tiene una escolta cidiana de gallos cantadores. Van subiéndose por los bardales, por los recodos del camino, por las esquinas de las huertas despiertas de sol y engalanando de cristalerías diáfnas la ruda y santa testarudez del poema. Pedro Pérez Clotet, con su fino instinto de poeta, ha entrevisto el filón poético y sacramental de los gallos del Cid. Esperamos de él un estudio más detenido y sobre todo definitivo sobre el tema palpitante. O al menos la publicación de su viñeta magnífica. La prosa robusta, elástica, prosa épica, digna de comentar el poema, ha dibujado la crónica a través de un ventanal difuso de madrugada sobre barbechos de Castilla donde los gallos cantan a la aurora y a los cascos del guerrero entre graneros de esperanza.

Francisco Montero Galvache se ha encargado de un tema suyo. Hay en toda la obra del poeta jerezano una extraña atracción por Isabel Castellana y Católica, primera reina de España. Lo mejor quizás, lo más seguro de su producción poética es un soneto a Isabel en Granada. Hoy vuelve a glosar el tema de Isabel con su estilo pujante, juvenil, inundado de gracia poética. Su voz soberbia ha hecho la cifra de la Reina Católica con un marco de amanecer, entre un fecundar de mundos y de Imperios, a la sombra de los yugos y de las flechas sagradas. Quizás esté aquí el lado interesante de la talla castellana por excelencia. Porque el poeta la trae al momento exacto, al momento presente y la evoca con compases del himno de Falange y la reina adquiere vitalidad de presencia conseguida.

Otro acierto ha sido el recital por una voz femenina. Ana María, con voz maravillosamente timbrada, estuvo a la altura del Retablo. Existe casi una dificultad sempiterna en recitar los vocablos de los romances españoles sin gangosidad y sobre todo sin elocuencia. Ana María ha dado ese tono conmovido y suyo, en donde las palabras tienen la emoción del tránsito y del timbre verdad.

Hasta aquí el Retablo de la Radio Jerez. Probablemente casi nadie se dará cuenta de su importancia. Hace días que se hizo, pero era necesario insistir sobre él y felicitar no sólo a los poetas sino también al director de la Radio, Guillermo Ruiz Cortina, que supo armonizar voces tan diferentes músicas distintas en un conjunto logradísimo. Por lo que tiene de clásico, de abolengo racial y sobre todo por lo que tiene de español.

Y además por esta vuelta a nuestra lírica actual de los maestros enraizados a los héroes y a los santos, a las reinas y a los guerreros en una mutua comunión de Patria y de Afán Imperial.—P. S.

Editor: PEDRO PÉREZ CLOSET

Jerez de la Frontera

Plaza de Domecq, 48.

Imp. M. Martín.—Jerez